

Acababa de terminar la misa. La verja y el pórtico abiertos permitían ver en el fondo negro de la capilla, todavía oscurecida por la resplandeciente luz exterior, los cirios que se apagaban uno después de otro, y, en pie á la entrada, el pequeño Sr. Merivet, bien afeitado, con su cabellera blanca formando bucles sobre su alta corbata de raso, su condecoración de San Gregorio en el ojal de su levita, y que saludaba á sus huéspedes á la salida, acompañando hasta el camino las personas de distinción, dándoles gracias por la honra que le dispensaban, con una mímica inquieta y anticuada... « Efectivamente. Le doy las gracias... Hoy ha venido mucha gente y aun hubiéramos sido más todavía, sin la fiesta patronal de Draveil y no sé qué del hospicio de Soisy que nos han hecho competencia... Hasta el domingo... no falte V.. hasta el domingo. »

Los fieles de la Pequeña Capilla, casi todos vecinos, se diseminaban, paseando durante algunos minutos por el camino un olor de pan bendito, el chillido de sus botas nuevas y el crujir de las telas de seda. Bárbara, la antigua cocinera, que desde la muerte del ayuda de cámara le suplía en sus funciones de sacristán, llevó al Sr. Merivet la llave de la puerta principal. « Sí, señor, todo está bien cerrado y apagadas las luces... No falta sino la sacristía donde el señor cura se ha quedado. Me ha dicho que no le espere, pues saldrá por el coto. »

El coto era un pedazo de terreno adjunto á la capilla, donde se hallaban, entre la hierba y grandes adormideras floridas, algunas piedras de construcción que sobraron al hacer la iglesia. Desde el camino parecía un pequeño cementerio de aldea.

—¿ No es que se encuentre malo? preguntó el Sr. Merivet, que quería tanto al sacerdote encargado de su iglesia como á esta misma.

Pero Bárbara le tranquilizó. El Sr. cura le había pedido una aguja é hilo negro, probablemente para remendar su antigua y lustrosa sotana.

— Ya es tiempo de que el Sr. le compre otra.

— Tiene V. razón, Bárbara, le compraremos una nueva... Pero... de prisa á hacer el almuerzo... »

La vieja cruzó el camino ahora desierto y que parecía más ancho como todo el campo inmediato en medio del silencio y del descanso del domingo, no tardando en desaparecer por una pequeña puerta de la pared vecina, mientras su amo se sentaba al sol en una de las anchas piedras blancas del coto. El Sr. Merivet esperaba desde hacía un instante la salida del vicario, con ánimo de hacerle aceptar una hermosa sotana que no fuera vendida en seguida para dar su producto á los pobres, cuando se oyeron pasos en el camino á la vez que el tararear de una voz de bajo. Nada gustaba tanto al anciano como ver á un transeunte, á un forastero que se paraba á leer la inscripción de su iglesia: *Napoleón Merivet, caballero de la orden de San Gregorio el Grande...* Y ya alzaba la mirada, saboreando de antemano su vanidosa alegría, cuando perdió la ilusión, encontrándose con Ricardo Fénigan á quien no había vuelto á ver desde la interrupción de las veladas musicales causada por la huída de Lidia. Llamóle con ademán afectuoso, lo hizo sentar á su lado, y después de mirarle bien le dijo:

— ¿Por qué no ha venido V. antes? ¿No quiere V. entrar nunca en mi pequeña iglesia? Sin embargo, le haría á V. bien esto.

Ricardo, enflaquecido, escuálido, con largas

arrugas horizontales que le surcaban la frente á manera de renglones de música, buscaba un pretexto para marcharse cuanto antes, librándose de los reproches del viejo maniaco, propietario del culto; pero lo tibio de la piedra, el olor calmante de las adormideras, lo que había de atractivo y cautivante en la bondad del anciano, lo encadenaban en aquel sitio.

— V. es mucho más joven que yo, decía Merivet dándole golpecitos en las manos; pero se está próximo á tener la misma edad cuando se sufre el mismo dolor... El mal que V. padece, yo lo tuve, triste hasta morir, triste hasta matar... sí señor, hasta matar. ¿Le parece extraño, no es cierto? El anciano Merivet, este viejecillo tan cortés, tan tranquilo... En nada estuvo... que un acceso de orgullo frenético lo convirtiera en el más cobarde de los asesinos; porque ¿acaso hay nada más cobarde que un marido que mata á su mujer con autorización de la ley?

Ricardo bajaba la vista sin contestar. Venirle con estas confidencias á él que hacía ocho días no soñaba sino sangre y venganza y que en aquel momento regresaba del correo á donde fué para descubrir de una ojeada, en la masa de las cartas mandadas á la lista alguna letra reveladora. ¿Acaso se veían, los siniestros pensamientos que

conduce por los caminos una cabeza ardiente, y qué necesidad tenía de contar su historia el anciano Merivet, tan discreto por costumbre?

— Esta historia, querido hijo, se parece á la suya; sólo que yo tenía diez y seis años más que mi mujer. Era pequeño, nada guapo, estaba metido en el comercio hasta el pescuezo, un comercio de esparto que me obligaba á dar frecuentes viajes por Argelia; mi único atractivo era tocar bastante bien el violín. Mi Irene, natural de Blidah, tenía la tez dorada, los ojos grandes y cariñosos, un aire de extremada dulzura. Sin saber nada de la música, le gustaba como á V., por instinto, con sus nervios. La caricia de los sonidos la hacía estremecerse al rozarla; yo tocaba muy bien, lo repito. Se extraña V. de no haberme oído tocar en sus conciertos del domingo; la razón es que desde la muerte de Irene no he vuelto á coger un violín.

Nuestro segundo año de matrimonio nos dió un hijo que no vivió. Mi mujer tuvo en ello gran pesar, tanto más cuanto que nos advirtieron que no podría volver á ser madre. Entonces es cuando por distraerla y hacer que respirase buen aire compré esta propiedad; ella se complacía aquí ó fingía complacerse por no disgustarme. ¡Ponía tanta buena voluntad en todas las cosas!... Des-

graciadamente un pintor renombrado vino á instalarse en la comarca. Irene gustaba de las personas conocidas y yo compartía con ella esa debilidad de parisiense, el orgullo de sentar en su mesa un hombre célebre. Lo invitamos y vino con frecuencia á vernos. Era un arrogante mozo de maneras teatrales, barba puntiaguda, el pelo cortado á lo Rubens y bajo estos aires pretensivos tenía la más rica imaginación, una palabra llena de color y de fuego. Mientras estaba en casa, mi mujer no hacía sino beberse sus palabras; cuando se iba, por más que yo tocara mi violín, lo único que ella oía era su voz, que conservaba en la memoria no obstante Mendelssohn y Chopín. Yo padecía con esto, lo mismo que al verla, de aburrida y silenciosa que parecía cuando estábamos solos, animarse, ponerse rosada y brillante con sólo oír los pasos de este hombre á nuestra puerta. Algunas veces se lo reprochaba riéndome, pero mi risa debía ser tan falsa como la suya cuando me contestaba con aire inocente y sorprendido: «¿Te parece?... ca, te aseguro que no: » Pronto no tuve en la cabeza más que esta idea: « Lo ama... lo quiere... » De noche, durmiendo á su lado, soñaba yo que era muy alto, muy robusto, más hermoso que el otro, y con frecuencia, en vez de dormir espía su sueño, los gritos de pasión que

yo adivinaba en su boca henchida, aunque nada hubiera pasado hasta entonces entre ellos. También me daban ganas de despertarla de pronto gritándole : « Quiéreme, quiéreme ó te mato. » Por fin, sintiendo que cada día se alejaba más de mi corazón, tuve el pensamiento de dirigirme al que ella amaba. No sé por qué asociaba en mi ánimo ese nombre de artista á grandeza de ánimo, generosidad, comprensión superior. Así es que un día dije á aquel hombre con gran sencillez : « Oígame V... no tengo talla para luchar con V... Comprendo que huye de mí y que va hacia V. sin quererlo... Para V. esto no es más que una intriga, la satisfacción de un instante; para mí es la vida entera. No me la robe V., se lo ruego... déjeme V., váyase de aquí. » El hombre contestó : « Está bien, me iré. » Y en efecto, se marchó, pero llevándose la.

Lo que sufrí, V. lo sabe ; y yo estaba solo ; no tenía un corazón á quien referir mi pena, una madre que me impidiera cometer locuras. Todas las cometí. Primero quise dar con ellos, resuelto á matarlos ; estaban en Suiza, en Gersan, á orillas del lago de los Cuatro Cantones. ¡ Cuán triste me pareció aquel lago, velado por montañas que en él se reflejan, teñido de sombra y de luto, la noche que desembarqué allí, á dos pasos del único hotel !

Mi mujer y su amante acababan de salir para ir al Casino. Tomé un cuarto frente al suyo ; y los oí volver con toda la gente de la fonda. Él hablaba alto en el pasillo, con su voz cariñosa y cantante ; pero también tenía otra que yo ignoraba, su voz de dentro de casa, aguda y dura, que no tardó en llegar á mis oídos, á través de su puerta cerrada. Conservé la mía entreabierta parte de la noche y allí estuve acechando, con mi revólver en la mano, dispuesto á lanzarme sobre ellos. Un pormenor estúpido me contuvo, la escasa costumbre que tenía de usar armas, sobre todo la que había comprado en la mañana del viaje completamente cargada y de que temía servirme mal. Paréceme sin embargo que al menor suspiro equívoco, al menor rumor voluptuoso me hubiera arrojado al cuarto como un bruto, pero lo que oí no tenía nada de caricias. Él parecía irritado, lleno de ira ; ella suplicaba, se humillaba con una vocecita dolorida entrecortada por las lágrimas. Más adelante supe que le hacía reproches sobre sus coqueterías con un músico del Casino, á quien había mirado mucho, pues el seductor era celoso, sí, también él, y malo hasta darle de golpes, y el mayor cargo que en sus disputas formulaba era el de haber engañado á su marido. Al oír aquel lamento monótono y cansado de un ser

que yo quería tanto, y que sentía sufrir tan cerca de mí, las lágrimas corrieron por mi rostro, provocadas por su propio llanto, y á la vez que me traté de tonto y de cobarde, me arrojé en mi cama con sollozos y gritos que oculté avergonzado debajo de la almohada... ¡ Ah, cuán á oscuras están nuestras almas si no las ilumina la oración! Y en aquel tiempo yo no sabía orar.

Al amanecer, el amante de Irene salió solo con su caja de pinturas y su caballete. Iba á pintar en la montaña. Mi mujer debía dormir y el cuarto permanecía silencioso. Bastóme dar vueltas al picaporte y, sin saber cómo había entrado allí ni para qué, si en calidad de asesino ó de marido, para darle un beso ó matarla, me encontré junto á ella. El escaso ruido que yo hacía medio la despertó, pues dió una vuelta, pero el pesado sueño de aquella mañana de mala noche se apoderó otra vez de su cuerpo, en medio de prolongados suspiros. Me pareció que había dormido sola en la cama, mientras él lo hacía en el diván, cubierto con sábanas, lo cual aumentaba más aún la confusión en aquel estrecho recinto lleno de baúles y vestidos, é iluminada por la doble luz matinal del cielo y del lago cercano. ¡ Qué emoción cuando vi á mi esposa adorada en aquel lecho de fonda y de aventura, en la misma posición encan-

tadora que tantas veces había yo admirado, con un brazo manteniendo su cabellera mientras el otro desnudo y bello se destacaba sobre la sábana! Se lo afirmo: estuve á punto de estrangularla para que no volviera á poseerla aquel hombre; pero al inclinarme sobre su cuerpo, alucinado por aquel feroz deseo, sacudióla uno de esos largos y sofocados sollozos, análogos á los del niño que se ha dormido pesaroso después de una reprensión. Entonces vi que sus ojos estaban encendidos, hinchados por el llanto sus párpados, y se apoderó de mi alma inmensa lástima, ante irresponsabilidad y debilidad tantas.. Ah, qué fácil es hablar como el otro, el mercader de frases cuando nos dice con hermoso gesto teatral: « Mátala... » Necesítase para ello el instinto del homicidio, un alma cobarde y manos de verdugo... Tomé la puerta sin mirar atrás y una hora después tomé el tren.

En París me sentí incapaz de ocuparme de mis negocios y vine á refugiarme aquí, donde me encontré tan solo y desgraciado, que acabé por utilizar mi revólver, ahora contra mí mismo.... Este agujerito que me hice en la cabeza — y el anciano Merivet enseñaba la cicatriz debajo de su blanca cabellera, — este roce de bala me tuvo dos meses embrutecido, ni vivo, ni muerto. Cuando mi

cerebro volvió á animarse, encontré á mi lado un hombre admirable, un santo que cuidó de mi alma, y que la curó, después de lo cual, por ley de caridad y de perdón volví á abrir mis brazos á la que todavía amaba y que por su parte sólo deseaba volver. ¡Pobrecilla, qué regreso! Flaca, transformada, llevando en los pómulos ese color rojizo que se observa en las hojas de las hayas atacadas por los gorgojos; así acabó sus seis meses de amor libre, como si hubiera salido del hospital. Esperé que esta alegre posesión, situada entre el río y el bosque, le devolvería sus fuerzas; pero continuó desmejorando, aun después de un invierno pasado en su país, cerca de Blidah, en un bosque de naranjos. Á veces, con la sonrisa desolada de sus hermosos ojos que constantemente iban ocupando mayor espacio en su rostro, me decía: « Te quiero, soy feliz... y me muero. ¡Qué destino. »!

Yo tenía sin embargo confianza en mi pasión y en su juventud.... De pronto le volvió la vida, por lo menos la apariencia de ella y deseo de conservarla. Este milagro lo hicieron las novelas de Herscher. Un verano entero, el último, lo pasó en nuestro jardín, que puede V. ver al otro lado del camino, arrebujaada en un gran manto á pesar del sol, y sentada en un sillón-garita de mimbre,

leyendo las delicadas historias de amor del novelista, sobre todo una, *La Bordadora*, que prefería, á causa de la linda figura de Yamina, cuyos trajes se entretenía en reproducir, poniéndose como ella una chaquetilla de terciopelo cubierto de pajuelas de oro, y el tocado de sequies sobre sus largos cabellos. « ¿Qué diría el autor, me preguntaba con frecuencia, si me viera vestida así?... ¿No es verdad que me le parezco?... » Yo le contestaba sin pensar: « De seguro.. », pensando con tristeza que si el escritor hubiera estado presente, habría visto como los veía yo, por encima del sillón de la graciosa Yamina, con sus hermosísimos ojos de tísica, la ropa de la cama, almohada, colchón, que secaban al sol, impregnadas por los sudores nocturnos. Sin embargo, queriendo agradarle y mimarla hasta el fin le pregunté un día si tendría gusto en conocer á Herscher, si deseaba que le escribiera rogándole que viniese. Mi amor duraba todavía, pero mi celoso orgullo había desaparecido, según V. observa ¡es tan pequeño todo esto ante la muerte! Irene, muy conmovida, permaneció silenciosa y por toda contestación me mandó sollozando un beso con las puntas de sus dedos.

La perdí poco tiempo después, en los primeros días del otoño cuando los cuervos reemplazan á las golondrinas en los campos desnudos. Sólo

entonces supe que mi mujer había sostenido correspondencia con el ilustre escritor, que ella era una de « sus desconocidas », una de esas cuya locura amorosa ha ridiculizado más tarde. ¿Qué quiere V. ? Mi desdichada mujer era novelesca. La vida tranquila, sin emociones, en el vulgar surco la llenaba de espanto. Sin haberla visto nunca, el gran hombre le contestaba : *Señora de X..., en la lista de correos, Corbeil*. Bárbara iba todos los sábados á llevar y buscar una nueva misiva, y por mi criada supe el misterio de esta correspondencia, muy inofensiva según supongo. Digo « supongo » porque tuve el valor de no abrir ninguna de esas numerosas cartas, todas de la misma letra, que hallé en un cajón. Devolvílas al hombre célebre con estas palabras : « Su desconocida de Corbeil ha muerto. Si quiere saber V. su nombre, lo verá en el frontis de una pequeña iglesia edificada en recuerdo suyo en la carretera de Draveil á Soisy. » El Sr. Herscher no ha venido nunca.

Hubo un momento de silencio, entrecortado por el arrullo de las palomas en el techo de la capilla y por campanadas lejanas, que transmitían las aguas del río á modo de trampolín sonoro. Ricardo exclamó con sonrisa sarcástica :

— Su relato, querido señor mío, prueba que

para mentir y engañar todas las mujeres son iguales, y que entre los hombres, hay muy pocos capaces de su indulgencia y su bondad.

Merivet le miró, lleno de amargura al ver cuán mal lo había comprendido.

— Yo tuve la culpa, contestó. No he sabido hacer que V. comprenda la diferencia existente entre mi Irene y yo. Ella tenía cuanto á mí me faltaba, belleza, juventud ; por ella fuí dichoso durante muchos años, sin preocuparme de su propia dicha, sin preguntarle : « ¿ No echas nada de menos ? » Ante jueces que en realidad lo fueran, la falta de la esposa encontraría su justificación en ese egoísmo. ¡ Cuántas otras razones habría para absolverla ! ¿ Con qué derecho se exige, pongamos por ejemplo, que la mujer pertenezca á un solo hombre cuando el hombre no se contenta nunca de una mujer única ? Durante muchos años, Irene vivió sola en la casa, no viendo á su marido más que por las noches, y lejos de su país, lejos de su madre, sin hijos. No había hijos... he ahí la gran disculpa... La maternidad es la razón de ser de la mujer, su función, su alegría, su salvaguardia.... Á V. como á mí, querido Ricardo, nos ha hecho falta un hijo.

Fénigan se levantó colérico. Demasiado sabía él lo que le estaban diciendo. Lidia se desesperaba

de no tener hijo. Pero absorto en la idea de su venganza, no acercaba una á otra en su espíritu las dos líneas de un razonamiento y se contentó con apostrofar.

— ¿De modo que, según V., lo que nos sucede está perfectamente y la mujer hace bien engañando á su marido?

— No; deseo únicamente que no se la condene sin oírla.

— La mujer ha encontrado la mejor manera de defenderse, repuso Ricardo con rabia, y es marchándose.

El anciano, haciendo un movimiento con sus sagaces ojos, lo obligó suavemente á sentarse junto á él en la piedra.

— Sí, huye.. ¿pero acaso no es esto más digno que quedarse mintiendo y ocultándose? ¿No es preferible al adulterio instalado sin peligro ni escándalo ese extrañamiento de la vida social y mundana? Diré más: la ausencia de su mujer le hace á V. más fácil defender su causa ante la propia conciencia, mirar frente á frente la desdicha de ambos, para estar bien dispuesto el gran día de la reconciliación y del perdón.

— Nunca perdonaré, nunca, dijo agriamente Ricardo apretando los dientes.

El viejo sacudió la cabeza.

— Le parece á V., porque está torturado aún por el horrible mal de los celos, que me hicieron sufrir tanto como á V. y de que me curé, como V. se curará.

— Se cura uno cuando ya no ama.

— Se equivoca V. Los celos no son lo mismo que el amor, aunque participen de su misma naturaleza. Así lo prueba la voluptuosidad que se mezcla con sus más abominables sufrimientos.... ¡Dios mío, cuando recuerdo la alegría que yo sentía en hacer confesar á mi mujer que pensaba en su pintor y que le amaba por encima de todo! Moría al oírlo y era sin embargo agriamente delicioso.... Pero de todos modos, el amor puede existir sin los celos, que son como la fiebre, el delirio de aquéllos. Delirio orgulloso en ocasiones más aun que pasional. « ¿Es posible, ... otro más hermoso, más amado que yo? » La prueba de que los celos constituyen una sensación exterior al amor, independiente de él, la tenemos en que el amor es idéntico á sí mismo en toda la tierra, en Oriente como en Occidente, al paso que los celos de los orientales no se parecen á los nuestros. Así, el árabe no conoce los celos del pasado, los más tristes y atroces. Conocí en Argelia un jeque que prefería entre sus cuatro mujeres á Baia, bailarina y cortesana que había sido, superior es verdad



á las otras en hermosura. Un cristiano enamorado no habría cesado un día, una hora en torturar á aquella desdichada, recordándole los devaneos de su execrable juventud. Por el contrario, el jefe moro, completamente indiferente á aquel pasado desvanecido, enterrado, pues lo sabía y lo olvidaba voluntariamente, se mostraba en la vida actual, ferozmente celoso, tanto que habiéndose permitido Baia ligeras coqueterías con un intérprete del ejército, su marido le cruzó la cara y la garganta con multitud de cuchilladas. La mujer vivió por milagro y el árabe fué condenado á cinco años de cárcel en el presidio de Ajaccio, desde donde escribía constantemente á su hermano, encargado de cuidar de sus mujeres y bienes; pues todas las cartas llevaban como membrete no la fórmula obligada *la ilah ill Allah*, sino esta recomendación, siempre idéntica: *vigila á Baia*. Así probaba la continuación de sus celos.... Mire V., el gran guerrero cuyo nombre me dieron mis padres, con escasa razón, pobrecillo, pues nunca he tenido nada de heroico, — Napoleón, cuasi árabe de origen, tenía los celos orientales. Sus cartas á Josefina nos lo representan sin inquietud alguna respecto de un pasado no obstante muy tumultuoso, mientras que en la vida presente todo se vuelve sospecha y tortura....

Recuerdo una contestación de la mencionada Baia al presidente del tribunal, que le preguntaba por qué era tan coqueta con un marido tan celoso: « Para enseñarle á vigilarme mejor, » contestó tranquilamente. En efecto, cuántos maridos, no sólo no vigilan á sus mujeres, sino que las exponen al peligro, por vanidad, descuido ó torpeza. Respecto del pintor que me robó la mía ¿no fui acaso yo quien lo buscó y lo introdujo en mi casa? ¿Y V., vecino, puede responder de que ha vigilado siempre bien á Baia?

En este momento, la antigua sotana raída del clérigo cruzó el cercado, en medio de las abejas y de las adormideras de largo tallo. Al pasar, el abate Ceres, montañés del sur de Francia que seguía siendo muy vigoroso no obstante su edad, saludó inclinando humildemente su cabeza de poblados y blancos cabellos.

— No olvide V., le dijo Merivet, que almuerza conmigo.

Y después, cuando el sacerdote estaba lejos del alcance de la voz, añadió:

— He ahí el hombre, he ahí el santo que me curó y me salvó.

— ¿Cómo, el Sr. Ceres? preguntó Ricardo que desde la infancia, desde el catecismo, conocía al vicario y lo trataba en cierto modo como á infe-

rior, pues el pobre cura no era recibido en los palacios ni quintas de las cercanías, donde lo hallaban demasiado excéntrico, mal cuidado y de manos poco aseadas.

— Sí, ese sacerdote admirable venció mi orgullo... Ya sé lo que dicen del Sr. Ceres en las sacristías oficiales; pero si entra V. algún día en mi capilla, y así habrá que hacerlo al fin, comprenderá porqué he tomado como capellán á este hombre sencillo, de clara mirada, poco atento á los cuidados de la vida, y cuando le oiga V. recitar el *Padre Nuestro*, tiene una manera de decir «perdonanos como nosotros perdonamos á nuestros deudores...» que le tocará el corazón y le curará como me ha curado á mí

— Hay ofensas imperdonables, heridas que nunca se curan, contestó irritado Ricardo.... El hombre ultrajado se venga y hiere. Estoy por Shakespeare contra Jesús.

— Ah, sí, Shakespeare, Otelo.... Leí esas cosas para enterarme, cuando tenía yo la enfermedad; pero ese inglés no sabe lo que se pesca. Su Otelo no es un celoso, sino un negro, un africano, apasionado, brutal y nada más. Lo característico de los celos, cuando invaden un alma, es volver feroz al más dulce, iniciar bruscamente al más cándido en todas las depravaciones, dar á los ángeles, á

las vírgenes imaginación satánica y todas las contraseñas del vicio. Para que Otelo fuera verdad, se necesitaría cuando los celos se apoderan de él, que el alma envidiosa y perversa de Yago, el único verdadero celoso de la obra, entrara en él y lo habitara.... El rasgo genial consiste en haberlo tomado negro, dándole una inferioridad de raza, una fealdad, una enfermedad. En el inválido enamorado los celos parecen naturales; pero no tanto en un mocetón como V., mi querido vecino.

Ricardo sonrió tristemente, pues se sabía atacado de cruel enfermedad, la timidez que no pudieron curar tantos años de matrimonio. Una vez, una sola en ocho años se había atrevido á poseer á su mujer según la deseaba, á boca llena, con todos los brazos, y aun esa noche estaba medio bebido. Mientras que el otro, el joven monstruo, inventor de frases ardientes, hábil en todas las caricias.... ¡Ah, qué magnífico viaje de bodas debían estar haciendo!... De una violenta sacudida se puso en pie, con el gesto de apartar, de arrancar de su vista alguna atroz visión.

— ¿Á dónde va V.?... ¡Ricardo!

— No... no... ver eso siempre, se acabó. Ya no puedo más. Adiós... adiós....

Escupía las palabras con voz ronca, dando zancadas furiosas por el camino. El pobre Merivet

se quedó sentado y pensativo, algo inquieto ante aquella súbita partida, preguntándose si con todos sus cuentos y sus disertaciones sobre los celos, no había excitado al pobre marido en vez de calmarlo. En el silencio y el calor del pequeño cercado, donde el zumbido de las abejas parecía la vibración de la luz sobre las flores azules, rosadas, de color de malva, purpurinas de las adormideras, nuestro hombre se puso en pie al cabo de un instante, medio aturdido, cuando acertó á pasar un break, cargado de gente, con trajes claros y sombrillas deslumbradoras. La capilla de piedra blanca, sobre cuyo techo revoloteaban las palomas y aquel anciano condecorado, que cerraba su verja con los aires suficientes y cuidados del propietario, excitaron la curiosidad de los viajeros.

— ¿Se puede visitar? preguntó desde lo alto del break una de las muchachas más jóvenes.

Mérivet, muy satisfecho, repuso:

— ¿Visitar? ¿Y para qué? La iglesia no tiene nada de curioso; pero todos los domingos, á las nueve, tenemos misa y sermón, y les aseguro á Vds. que no hay misa igual á la de esta capilla.

Saludó y entró en su casa, al otro lado del camino, con una vanidad que se exaltaba al oír una

linda voz de mujer que en la imperial del break leía alto la inscripción lapidaria:

### NAPOLEÓN MERIVET

CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE

EDIFICÓ ESTA IGLESIA....